

UN GRAN ESCRITOR DE ESPAÑA

Ha muerto Eugenio d'Ors



Una de las últimas fotografías de Eugenio d'Ors, tomada en su residencia de Villanueva y Geltrú

(Foto Pérez de Rozas)

Dolor y nostalgia en «La Vanguardia»

El maestro era un verdadero familiar en esta casa de LA VANGUARDIA, no sólo por su asidua y brillante colaboración...

El alojarse en esta capital de su provincia en un hotel frontero a nuestra Casa, haciale venir casi a diario a su periódico, y sus visitas, como es lógico...

Nosotros elevamos al Altísimo sinceras plegarias por su alma, quedándonos del paso del hombre por la tierra, su obra ingente, que no ha de morir...

En su residencia de Villanueva y Geltrú

El óbito se produjo a las 8'30 horas Villanueva y Geltrú, 25. — A las ocho y media de la mañana, ha fallecido en esta villa...

Curso de la enfermedad Venían asistiendo al ilustre escritor con el doctor Echevarría, los doctores Codina y Raventós, de Barcelona.

Sus hijos, en ruta hacia Villanueva Los hijos del ilustre extinto residentes en Madrid, don Víctor y don Juan Pablo, así como don Alvaro, que reside en Santiago de Compostela...

del escritor, recibirá cristiana sepultura en el mausoleo cedido por el Ayuntamiento de dicha población.

Biografía del ilustre escritor Eugenio d'Ors y Rovira era natural de Barcelona, donde nació el 28 de septiembre de 1882...

En su residencia de Villanueva y Geltrú, donde el europeo más fino que ha dado Cataluña. En ella está su diaria resurrección.

En esta es la suprema verdad que dirige su vida, que hace profunda su muerte. Lo que queda es su obra, la obra del europeo más fino que ha dado Cataluña.

En la lengua catalana produjo su famosa «La Ben Plantada», «Guaba la de mil veus»...

Frente al mar de la cultura

Eugenio d'Ors ha muerto frente al mar de la cultura, el Mediterráneo. Ha sido una vida consagrada a la ciencia del saber, que también tiene sus héroes.

Eugenio d'Ors ha sido la persona, el personaje, el maestro de sabiduría, que de lo particular dió un mayor y más profundo salto hacia lo ecuménico.

Ha sido difícil sustraerse a la emoción de verle muerto, en el mismo comedor de La Ermita, en Villanueva, donde otras veces resonó su palabra concisa, perfecta.

En esta primera hora sólo están los íntimos. Queremos hablar y resulta difícil hacerlo. Ayer mismo, el periódico anunciaba la convocatoria para esa reunión anual que los amigos de Eugenio d'Ors celebrábamos en el día de su cumpleaños.

Sus palabras de entonces las recuerdan todos. Ors no quería lamentos en el día en que nos dejara. Pedía trabajo, labor, cumplimiento fiel de la existencia.

Y así ha sido. Ha muerto sonriendo. En su cara hay una expresión apacible. Parece como si en esta hora no le faltara la ironía que presidió toda su obra.

Y está en la suprema verdad que dirige su vida, que hace profunda su muerte. Lo que queda es su obra, la obra del europeo más fino que ha dado Cataluña.

En su cara hay una expresión apacible. Parece como si en esta hora no le faltara la ironía que presidió toda su obra. Ni la muerte ha podido descomponer una tan grande figura.

Angel ZÚNIGA

GUARDIA, en la cual, precisamente el día de su muerte, apareció el trabajo (bajo su rúbrica habitual «Estilo y cifras»), titulado «Que no fuese al museo»...

En la lengua catalana produjo su famosa «La Ben Plantada», «Guaba la de mil veus»...

En la hora de su descanso

«Los amigos de don Eugenio d'Ors se reunirán para celebrar su cumpleaños el martes, día 28 de septiembre, en un almuerzo íntimo...»

Todos los años, desde el de la Liberación, al acercarse la festividad de San Wenceslao, el duque mártir, escritores y artistas y sociedad brillante se veía convocada en la Prensa barcelonesa con un suelto parecido: Cena a principio; comida a raíz de los últimos quebrantos en la salud del maestro.

Por su gozoso marcar el período tránsito del filósofo de la Villanueva de su meditación y descansar al modo de su cátedra viva: en la seguridad de un no lejano retorno a la tierra de sus mayores.

Ya no será así, por desgracia. Hoy, sábado, a la hora misma en que el lector tomaba nota de la solita y esperada ocasión para amistades y diálogos, Eugenio d'Ors dejaba de existir en su ermita de San Cristóbal, de Villanueva y Geltrú.

Adscrito a la quinta excepcional de «grosso modo», va de Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, y Picasso y Pijoán, y a través de Ortega y Carner, López-Picó y Pujol a Marañón y Gómez de la Serna, la generación de los años ochenta a la de los hijos del noventa y ocho, Eugenio d'Ors representó siempre el justo medio entre la pasión y el artificio, ironía y hondura, constancia y sensualismo, clásico y barroco.

Comprender ahora sentencias y definiciones suyas convertidas ya en axiomas y en maneras usuales, la obra de este gran incitador y cataculturas se impone justamente por lo coherente y rotunda. Por lo completa y acabada. Por lo sistemática.

En un país donde propósitos y tentativas se llevan las energías mejores, la obra orsiana se contradistingue con ese sello único. Si una vida tercera existe —la de la fama— según creía Manrique, esa es sin aguardar esta hora de tránsito, la de Eugenio d'Ors.

Juan Ramón MASOLIVER

En la muerte de Eugenio d'Ors

(Por teletipo, de nuestra Redacción en Madrid.) — Fue exactamente el día de la Virgen del Carmen cuando vi la última vez a Eugenio d'Ors en su ermita de San Cristóbal, en Villanueva y Geltrú.

El estudio adosado a la ermita daba a una pequeña terraza y por cuatro ventanitas en ojiva se veía el mar culto y antiguo, el Mar Latino, en cuyo labio él también decía su verdad.

Toda aquella conversación de entonces estuvo como presidida por la idea permanente de la muerte. Me habló de que Villanueva le había ofrecido dos tumbas en su cementerio, y como yo procurase desviar de su mente tales ideas, él me insistió, estético e irónico, en que el cementerio de Villanueva tenía una extraordinaria belleza y poseía los cipreses más altos del mundo.

El editor José Manuel Lara, quien me acompañaba aquella tarde, cambiaba miradas conmigo, cuyo telegrama interceptaron más de una vez los ojos del escritor que oía las palabras sin decir. Todavía se habló más de la muerte con motivo de un homenaje póstumo que D'Ors quería rendir en el cementerio de Agullana a Lidia de Cadaqués, aquel personaje humano tan real como mágico y onírico, aquella sombra risueña y loca, tan unida a lo dorsiano y de quien don Eugenio me decía que amó, sobre todo, la justicia y que quería que las cosas fueran tal y como debieran ser.

Eugenio d'Ors transigió sólo a regañadientes con que yo hiciera para él entonces una entrevista para «Correo Literario» y otra para «Arriba». Me dijo que no le gustaban las improvisaciones y sí las cosas exigentes y sistemáticas. Me propuso que fuéramos juntos a Villanueva el 31 de agosto, para sus fiestas, y que entonces podríamos hablar. Me dijo estas palabras tremendas que hoy entrecorrimo: «Estoy en crisis. Espero vivir en septiembre».

Y es hoy, en septiembre, apenas comenzado el otoño, como si él hubiera esperado a ello, cuando recibo en la mañana madrileña la triste noticia de que él ya no nos hablará nunca más. De que a él le van a bajar mañana, domingo, desde aquel eremitorio de muros blancos sobre los que recortaba la sombra de unos cipreses niños plantados por él.

A reserva de mejores laureles no he querido que pase un solo día sin que mi voz se una en Cataluña y en estas páginas de LA VANGUARDIA, que fueron tan preferidas por él, al clamor público que acompañará en este momento por toda la idílica y culta tierra catalana a su nombre antiguo y moderno, intemporal, pronunciado en un verdadero olor de muchedumbre. Si la pérdida de un escritor así supone mucho para las letras nacionales, supone todavía más para las letras catalanas, que posiblemente ahora se den mayor cuenta de todo lo que significó, en la universalidad regional, este hombre que aplicó permanentemente la cultura, la poesía y el buen gusto a una explicación diaria del sentimiento y del pensamiento.

No fui yo siempre amigo de Eugenio d'Ors. No hablé yo de él siempre de la misma manera, aunque de algún tiempo a esta parte él sabía que tenía en mí un adicto de sus claros valores. Y también por todo eso quiero, necesito, que mi nombre esté ahora cerca del suyo, en ese domingo hondo y tremendo en que los cipreses altos, como verdes espadas del cementerio de Villanueva, saben ya que van a dar sombra verdadera a este sol de las letras españolas que se extingue a orillas del mar.

César GONZALEZ-RUANO

vientos, «Cinco minutos de silencio», «Cuando yo esté tranquilo», «Coupole et Monarchie», «Science et histoire de la Culture», «Au grand Saint Christophe», etc.

de los Andes por su labor cultural durante un decenio en el Consulado de Bolivia en España. En calidad de periodista activo había ejercido la presidencia de la Asociación de la Prensa Diaria de Barcelona y su retrato figura en la galería de periodistas ilustres de la actual Asociación de la Prensa barcelonesa.

La inmensa obra dorsiana será valorada sin duda con el cuidado y la lentitud que merece. Aquí sólo puede recogerse de manera rapidísima y como urgente contribución periodística al conocimiento de la gran figura cultural desaparecida, eminente en el terreno cultural y literario y una de las personalidades intelectuales españolas que gozaban de mayor prestigio en el exterior de la Península.